

6ª semana de Pascua. Lunes: Jn 15,26 – 16,4ª

Estas palabras de Jesús, que el evangelista san Juan pone en la “Ultima Cena”, bien podrían haber sido dichas por Jesús en alguna de las apariciones antes o en el momento precedente a la Ascensión a los cielos.

Jesús les habla a los apóstoles, como un consuelo, del Espíritu Santo que les ayudará, cuando El se vaya al cielo. Es una promesa grandiosa para la Iglesia. Jesús llama al Espíritu Santo el Defensor o Abogado. En griego era “Paráclito”. Esto provenía de la costumbre entre los hebreos de nombrar a alguien como “defensor”, cuando se quedaba huérfano. En cierto sentido, era parecido, aunque más importante, a lo que entre nosotros es el “padrino”, lo sea por el bautismo o por lo social.

El hecho es que, como Jesús va a predecir muchas dificultades y persecuciones contra la Iglesia, nos dice que tenemos un defensor verdadero, que es nada menos que Dios mismo, el Espíritu Santo. Esta defensa traspasa los límites de lo material, porque la vida eclesial no es puramente material.

Jesús les anuncia a los apóstoles que tendrán persecuciones. De hecho, cuando san Juan escribía estas palabras, ya habían muerto algunos o bastantes como mártires o testigos de Jesús. Estas persecuciones han continuado a través de los siglos y continúan en el día de hoy. Hoy también hay cristianos que siguen dando testimonio de su fe en Cristo hasta la muerte cruenta. Pero hoy vemos, quizá más que en otras épocas, multitud de persecuciones contra la Iglesia por infamias, descréditos, deseos de que la Iglesia de Cristo se derrumbe para siempre. Con palabras y acciones de todo tipo. Hoy resulta difícil ser testigos de Cristo en muchos ambientes hostiles.

Lo curioso, que dice Jesús y resulta verdadero, es que muchos que persiguen a la Iglesia lo hacen “equivocados”, creyendo hasta que hacen un beneficio a Dios. Lo que pasa es que no conocen al verdadero Dios, lleno de bondad, ni lo que es la verdadera Iglesia. Muchos tienen un concepto de Iglesia, quizá basado en datos de historia, como si fuese un imperio de poder y bienes materiales. Nosotros cristianos tenemos en parte la culpa por no dejarnos guiar por el “Abogado defensor”.

La equivocación muchas veces proviene porque juzgan a un todo por una parte. Así pasa en aquellos que creen que todos los sacerdotes son pederastas o tantas otras cosas malas que han oído de uno o de pocos. Con facilidad lo aplican a todos los miembros de la Iglesia. A muchos perseguidores se les puede aplicar aquello de que “el ladrón cree que todos son de su misma condición”.

Para juzgar rectamente necesitamos “el Espíritu de la verdad”. Así lo definió hoy Jesús a los apóstoles. Quizá sea la característica más importante del Espíritu: darnos luz. La fe es oscura; pero con la luz del Espíritu todo parece claro. San Pablo nos dirá que no podemos conocer plenamente a Jesús si no es con la luz del Espíritu. Y que no podemos llamar a Jesús “Señor” si no es con la ayuda del Espíritu.

Cuando dejamos que el Espíritu Santo nos guíe, tendremos luz y fortaleza, como hoy en la primera lectura aparece en la vida de los apóstoles hablando con claridad y valentía sobre Jesús. Hoy especialmente aparece san Pablo predicando a Jesús donde puede. Está en Filipos donde los pocos judíos no tienen ni sinagoga, pero se reúnen para orar en las afueras junto al río. Allí predica san Pablo con valentía a unas mujeres y consigue que algunas conozcan a Jesús y se conviertan.

No es fácil dejarse llevar por el Espíritu. Para los que así lo hacen, su vida se convierte en un testimonio viviente de su fe. La mejor predicación es la imitación de Jesús en la vida. Y nos dijo que si a él le persiguieron, así será con sus discípulos. Siempre habrá persecuciones, porque siempre hay multitud de pecados. Y sucede que la vida honrada del justo molesta siempre al impío, porque como nos dice la Escritura, la vida del justo es un reproche para el malvado.

6ª semana de Pascua. Martes: Jn 16, 5-11

Estaba Jesús despidiéndose de los apóstoles en la Última Cena. Por eso les veía llenos de tristeza. La mayoría de ellos le abandonarían esa noche; pero más por falta de fortaleza que por falta de amor. Necesitaban la fuerza interior que les iba a dar el Espíritu Santo que Jesús les enviaría después de resucitar. Por eso era conveniente que Jesús fuera a la casa de su Padre terminando la obra de la Redención en la Cruz.

Todas estas palabras que Jesús les dijo en la Última Cena se las repetiría en estos días en que estamos recordando la despedida que Jesús tendría antes de la Ascensión al cielo. La idea principal es que era conveniente su marcha de este mundo para nuestro bien. No es que Jesús dejase de estar, sino para estar de otra manera más espiritual, más íntima, pero igualmente efectiva. Jesús, en su vida mortal, se presentó como un verdadero hombre con todas las limitaciones menos el pecado. Ahora les dice que salen ganando cuando Él muera, porque estará con nosotros el Espíritu Santo.

Jesús le llama el "Paráclito", que significa el Defensor (el abogado o el consolador). Los israelitas lo entendían muy bien, pues era lo que se llamaba a la persona que se hacía cargo de un huérfano. Solía ser algún familiar que después haría las veces de padre o protector. Los apóstoles iban a quedar huérfanos de Jesús; pero iban a tener un gran defensor en el Espíritu Santo que Él les iba a mandar. Jesús no permanecería luego ausente, pues en el Espíritu Santo está íntimamente presente. De hecho también permanecerá entre nosotros en la Eucaristía, en los pobres, en la Iglesia...

¿Qué es lo que hará el Espíritu Santo? En primer lugar pondrá en orden el juicio que contra Jesús se estaba tramando y realizando al día siguiente. Jesús iba a ser juzgado, tenido como pecador y condenado hasta morir en la cruz. El Espíritu tendría que esclarecer todas las cosas y cambiar ese juicio. Se probará que lo importante será creer en Jesús, que significa adherirse a su doctrina y persona. Quien será juzgado

será el “príncipe de este mundo”, nombre que daban entonces al demonio, con todos los que le siguen con sus obras malvadas y mundanas. Claro que este juicio no será de una manera inminente, sino que se irá desarrollando hasta el final de los tiempos.

En la 1ª lectura de hoy se narra un suceso muy bonito sobre san Pablo y su compañero Silas. Había convertido Pablo a una familia que con sus malas artes enriquecía malamente a sus amos, quienes enojados maltrataron a los discípulos y les metieron en la cárcel. San Pablo y Silas en la cárcel cantaban alegres al Señor, cuando provino un terremoto, se abrieron las puertas de la cárcel y se rompieron las cadenas. El carcelero, viendo las puertas abiertas, iba a suicidarse creyendo que los presos habían huído; pero Pablo le gritó y le hizo comprender la bondad de Dios. Aquel carcelero les curó las heridas, les dio un banquete y se convirtió con toda la familia.

Todo ello era fruto de la presencia del Espíritu Santo que da sus dones a aquellos que dócilmente se ponen a su disposición. Varios dones son de conocimiento para actuar según la voluntad de Dios y conocer mejor todo lo que Jesús nos enseñó; pero está también el don de fortaleza para los momentos difíciles en la vida.

¿Somos amigos del Espíritu Santo? ¿Le invocamos y hablamos con El como a un amigo y protector? A veces tenemos miedo al demonio. Invoquemos a nuestro gran protector, el Espíritu Paráclito, que puede inmensamente más. Nuestra oración será eficaz si queremos seguir el camino que nos trazó Jesucristo. A veces este camino se nos hace difícil de entender, porque hay muchas interpretaciones diversas. Invoquemos al Espíritu Santo, pero con humildad y docilidad. No será el camino como a nosotros nos parece, sino como El nos dictará, si le seguimos con humildad. Normalmente este camino está desarrollado por la Iglesia, ya que el Espíritu durante siglos vigila para que la doctrina de Jesús no se desvíe. A veces necesitaremos también la fortaleza para seguir este camino verdadero. Para ello Jesús en su Espíritu está con nosotros.

6ª semana de Pascua. Miércoles: Jn 16, 12-15

Jesús se estaba despidiendo de los apóstoles en la Última Cena. En las palabras anteriores, que se leían en el evangelio de ayer, les decía Jesús que era conveniente que El se marchara de este mundo para estar con el Padre, pues así podría enviar al Espíritu Santo de una manera plena. Es decir, que los apóstoles y la Iglesia saldrían ganando con esta nueva presencia. Eso se debía a que Jesús en su vida mortal quiso ser hombre como nosotros y por lo tanto su presencia estaba limitada. Es decir, que no podía estar en todos los lugares ni en todos los tiempos. Ahora iba a comenzar una nueva fase en que el Espíritu Santo iba a estar permanente en la Iglesia en todos los tiempos y lugares. Y con el Espíritu Santo, el

Padre y Jesucristo. Esto lo decía para que les sirviera a los apóstoles de consuelo en aquella noche tan triste.

¿Y que iba a hacer el Espíritu Santo? Ya les había dicho que iba a ser su protector o defensor de todos los ataques del mal. Iba a ser el Consolador. Ahora les dice que va a ser también el orientador o instructor, pues les va a enseñar toda la verdad. Jesús había dicho muchas cosas, de las cuales hay una gran constancia en los evangelios. Pero quedan muchas cosas que se necesitan aclarar más y profundizar. Para ello no basta la inteligencia humana, sino que es necesaria la presencia del Espíritu Santo.

La religión o el hecho religioso no es tan fácil y sencillo como algunos creen. Sucede a veces que personas que no viven una vida íntima religiosa, sin saber casi nada, se ponen a hablar de religión. Esto pasa con muchos periodistas, y también con políticos, que al estar acostumbrados a hablar de cosas externas, piensan y hablan de cosas religiosas en los mismos términos. En realidad sólo hablan de circunstancias que se relacionan un poco, muy por encima, con el hecho religioso. Poco saben de lo que sucede verdaderamente en un alma que está en contacto íntimo con Dios y de las maravillas que puede hacer el Espíritu Santo en una persona que es dócil y humilde.

Sin entrar en profundizaciones podemos decir que hay dos clases de gracias que el Espíritu Santo suele dar. Unas son para la propia persona, como son los 7 dones. Son gracias que da a quienes, siendo virtuosos, se dejan llevar por la mano de Dios. Y ya no actúan sólo al modo humano, sino de manera superior, al modo divino. Quizá externamente no se distinguen mucho de otras personas; pero sus obras merecen ante Dios una alabanza y premio eterno. Hay otras gracias, que se llaman carismas, que da el Espíritu a algunas personas. Son gracias, no tanto para el perfeccionamiento de la persona, sino para el bien de otros. Unos son más conocidos, otros más sencillos.

Hoy en la 1ª lectura se nos expone un gran sermón o discurso de san Pablo en la plaza de Atenas. El estaba acostumbrado a hablar a los israelitas poniendo ejemplos y argumentos sacados del Ant. Testamento. En Atenas estaba ante gente estudiosa y mundana. El Espíritu le inspiró una nueva manera de hablar. En la vida de los santos encontramos multitud de ejemplos en que una persona con pocos conocimientos humanos, da enseñanzas preciosas al Papa, como el caso de Sta. Catalina de Siena, o a teólogos, obispos y sacerdotes, como S. Francisco, Sta Teresa de Jesús y Teresita, etc. Lo que han hecho estas personas es dejarse llevar por la gracia del Espíritu. Para ello primeramente tiene uno que vaciarse de tendencias mundanas, ofrecer a Dios de verdad su inteligencia y corazón y todo el ser; y entonces está preparado para recibir los dones que Dios quiera darle para más amar a Dios y servir al prójimo.

Cuando se escucha la palabra de Dios, unos reciben mucho y otros reciben poco o nada. No depende del predicador o del libro, sino de las disposiciones del alma. Por eso había personas que en un momento

dado de mucha preparación, una palabra de la Biblia les transformaba, como a san Antonio abad o a san Agustín. Por eso en este día abramos el corazón al Espíritu Santo, que vive en nosotros, y pidamos que nos dé luz para comprender mejor y fuerza para seguir sus enseñanzas.

6ª semana de Pascua. Jueves: Jn 16, 16-20

Las palabras que hoy nos trae el evangelio tienen el tono de inminente despedida. El evangelio las pone en la despedida de Jesús a sus discípulos en la Última Cena, el Jueves Santo. Estamos en vísperas de celebrar la Asunción de Jesús al cielo. En aquellos días en que tenían lugar las últimas apariciones de Jesús resucitado también les diría palabras de despedida muy semejantes a éstas. Siempre quieren ser palabras de consuelo, donde se respira mucho amor por parte de Jesús.

Comienza con una especie de acertijo: “Un poco y no me verán y otro poco y me volverán a ver”. Los apóstoles se preguntaban entre ellos qué querría decir Jesús con ese **poco**. Varias veces les había hablado de que debía morir. Era necesario cumplir los deseos de su Padre celestial, porque por medio de ese dolor podía salvarnos a nosotros, redimirnos de nuestros pecados. Pero también les había dicho que su muerte era transitoria y por eso después iba a resucitar “al tercer día”. Era una expresión para decir que iba a resucitar “pronto”. En esa noche habla de “un poco de tiempo”. Esas palabras también las podía haber pronunciado antes de subir definitivamente y de una manera visible al cielo, porque la vida, comparada con la eternidad, es un poco de tiempo, y toda nuestra vida, siguiendo a Jesús, pronto se convertirá en alegría eterna.

De esa idea de cercanía de resurrección o de gloria de la vida eterna pasa Jesús a dar otra idea trascendental hablando de alegrías y tristezas. El evangelista san Juan gusta de recoger ideas en forma de contraposición. Desde el principio del evangelio habla de luz y tinieblas, de cielo y tierra, de mundo y espíritu. Ahora expone una idea de Jesús sobre alegrías y tristezas. En realidad lo hace recogiendo el ambiente de tristeza que tenían los apóstoles, queriéndoles dar consuelo y alegría.

Les hace ver la contraposición que hay entre la alegría del mundo y la que debe tener un discípulo de Jesús. De hecho en la vida encontramos muchas razones para la tristeza. Todos sufrimos: enfermedades, dolores, desengaños, vejaciones, somos a veces postergados o despreciados. Y esto entre los buenos y entre los malos. La diferencia principal es que los que no están con Cristo normalmente sufren cuando las cosas van mal y se alegran cuando las cosas van bien; pero el cristiano, que sigue a Jesús y está en unión con Dios, sabe alegrarse también cuando las cosas van mal.

El dolor es necesario en esta vida transitoria y envuelta en pecados. También Jesús sufrió mucho. Pero el dolor es diferente cuando sabemos que es redentor, para nosotros mismos y para otros. Lo importante no es evitar el dolor, sino el pecado y el egoísmo. Nuestra finalidad principal es la gloria de

Dios y la salvación de todos. Hoy nos dice Jesús que el dolor y la tristeza cambian de color cuando sabemos que se convertirá en alegría. Esto lo experimentamos, si seguimos la enseñanza de Jesús, que principalmente es el amor. Por eso el dolor y la tristeza será menor, no sólo porque esperamos que seremos felices en el cielo, sino ahora si nos ayudamos unos a otros con amor, quitando las asperezas de la vida y comunicando alegría a los demás.

Estas palabras de Jesús de que se va, pero vuelve pronto, las podemos trasladar a nuestra vida espiritual de cada día. Cuando una persona vive la fe y cumple en lo posible con los deberes cristianos que cada uno tiene, según su forma de vida, siente más el estar alegre. La alegría es un don del Espíritu Santo y es propio de nuestra religión. Por eso hay tentaciones del demonio que nos quieren llevar a la tristeza. Pero, como de Dios es la alegría y la paz, esa alegría será más real y verdadera si vivimos persuadidos que estamos en la presencia amorosa de Dios Padre, que Dios Hijo nos espera en la Eucaristía y que Dios Espíritu Santo vive en nosotros para darnos vida.

Dios parece que se marcha algunas veces; pero siempre está con nosotros y dentro de nosotros para darnos aliento en nuestra vida y saber llevar las adversidades con la alegría se sentirnos resucitados con Cristo ahora y para siempre.

6ª semana de Pascua. Viernes: Jn 16, 20-23

Jesús dice estas palabras en la Última Cena, cuando en el ambiente se respira un aire de tristeza. Ya Jesús les había dicho a los apóstoles que les dejaba, que uno de ellos le iba a traicionar. Todo ello hacía que estuvieran muy tristes.

Jesús les dice que el mundo va a alegrarse mientras ellos van a estar en la tristeza. Evidentemente la primera aplicación era para lo que estaba sucediendo en ese momento y aumentaría con la muerte de Jesús. Pero también les dice que esa tristeza se convertirá muy pronto en alegría. Lo cual sucedería en el encuentro de los apóstoles con Jesús resucitado.

Recordadas esas palabras en las vísperas de celebrar la subida al cielo tienen también una evidente aplicación, ya que la vida tiene sus pesares y "persecuciones", como les había dicho Jesús; pero es muy breve comparada con la eternidad llena de dicha y alegría que espera a los que confían en Dios.

Estas frases tienen también otro plano, que es el continuo de nosotros los humanos; pero especificado en los cristianos. En la vida hay muchos sufrimientos y dolores. Pero para quien está con Jesús, pueden convertirse en alegría, una alegría íntima, que nada ni nadie la puede quitar.

En verdad que Dios no quiere los sufrimientos, porque Dios es amor y alegría; pero, porque somos libres y estamos envueltos en pecados, existe el sufrimiento. Jesús no vino para quitar el sufrimiento ni siquiera para explicarlo, sino que lo asumió, nos acompañó en él, para que sepamos vencerlo y sublimarlo.

Hoy pone el ejemplo de una mujer que va a dar a luz. En aquel tiempo por lo menos sufría mucho la mujer al dar a luz. Pero era un sufrimiento que engendraba vida. Este era un ejemplo que ya habían empleado algunos profetas. Es parecido a lo que había dicho Jesús de que “si el grano de trigo no muere, no puede ser fecundo”. Como algunos dicen: Nada valioso puede hacerse sin sufrimiento, dolor y aun cruz.

En la vida constatamos que el sufrimiento puede convertirse en un bien, si sabemos aceptar la mano que nos ayude, si aceptamos a Jesús mediador que puede dar sentido a nuestra vida y cambiar la tristeza en alegría, alegría interna del corazón que perdura, casi sin que nos demos cuenta.

Esto suele pasar en unos ejercicios espirituales o un encuentro de oración o convivencia o encuentro juvenil. La alegría espiritual, que llena el alma como nunca antes lo hubiéramos soñado, brota de repente, como de una manera misteriosa. Es la presencia de Cristo resucitado que comenzamos a sentir o experimentar como los apóstoles en la noche de la resurrección.

Dice Jesús que “el mundo reirá”. Y la verdad es que muchas veces constatamos las risas de los incrédulos cuando afirman o llaman “estupideces” a las cosas que creen los que tienen fe. Pero Jesús da una alegría mucho más profunda, que no pasa, sino que va profundizando en lo interior del alma y que nada ni nadie puede quitar.

Esta alegría no conduce a la muerte, sino que da vida, como el ejemplo de la mujer parturienta. Esto lo podemos con la gracia de Dios. Por eso la vida de un cristiano debe estar llena de optimismo, porque vamos con la Vida, que es Jesús, conducidos hacia la vida eterna. Esto es la esperanza cristiana, que es virtud que nos une con Dios.

Quien consigue esta alegría, aunque en esta vida nunca es perfecta, es como “el hombre nuevo”, de que habla san Pablo. Este “hombre nuevo” vive en medio de las penalidades de esta vida terrena, quizá acrecentadas por persecuciones; pero en lo más profundo de su ser es hombre alegre, porque se sabe arropado por Jesús, que nos promete una felicidad que nunca se terminará.

Como no es permanente aún esta alegría, debemos ir la alimentando, como se alimenta la misma vida. Para ello debemos unimos más con la Vida que es Cristo.